

92 N° 317.

# EL JUICIO DE ROSAS.

DISCURSO PRONUNCIADO

Por D. FELIX FRIAS

EN LA CAMARA DE DIPUTADOS DE BUENOS-AIRES EN  
LA SESION DEL 1.<sup>o</sup> DE JULIO DE 1857.



81.303  
B. 1085

BUENOS-AIRES,

IMPRENTA DE EL ORDEN.—1857.

SEÑOR PRESIDENTE: --

Rara vez se habrá encontrado la asamblea de un pueblo libre encargada de una deliberacion mas solemne que la que se abre hoy en este recinto. Vamos á discutir un proyecto de ley en el que se nos propone fulminemos una sentencia contra el tirano, hoy vencido y proscripto, que por tan largos años humilló á este pais y fué el escándalo de la América. Se nos pide demos al anatema de la conciencia pública la sancion de la ley, á fin de que la pena aplicada á la pasada tirania nos preserve de nuevos tiranos, y á fin de acordar á la libertad victoriosa y á los esforzados sacrificios hechos para conquistarla la satisfaccion que les es debida.

Ante todo, señor, séame permitido decir, que la solemnidad del debate nos impone muy serios deberes. El modo mas decoroso de protestar contra la tiranía, es usar dignamente de la libertad. Espero que así lo harémos, y que, cualquiera que sea el resultado de esta discussion, ella nos honrará á los ojos de la opinion; y se podrá decir de nosotros que reina en nuestra alma una pasion ante la cual callan

todas las otras, es la pasion del bien público. Cuáldemos los miembros de esta cámara de nuestra dignidad personal como de cosa que hace parte de la dignidad de la patria.

Cuando se traen á las asambleas esas grandes cuestiones políticas, es cosa recibida en todas ellas la latitud concedida á la palabra del orador, que naturalmente aprovecha entonces la oportunidad de fijar su vista en la situacion general del pais, y de desahogar toda su alma en la de sus cólegas, defendiendo sus convicciones mas caras, y lo que entiende por la buena politica. Yo invoco vuestra indulgencia, pues tengo que hablar no solo del tirano y de las calamidades pasadas, sinó de la patria y sus necesidades actuales.

A nosotros estaba reservada la triste suerte, señores, de desmentir la esperanza de los que creian agotada en el siglo XIX la raza de los Nerones y Robespierre. Cuando nuestros padres rompieron heróicamente los lazos que nos unian á la nacion española, no pudieron prever sin duda que llegaria el dia en que un hombre haria de este pais su propiedad y de sus hijos sus esclavos; y que cometria el solo en veinte años mas crímenes que cuantos se habian cometido en tres siglos de nuestra vida colonial. Para ellos un tirano era una cosa anti-diluviana, como uno de esos raros animales, cuya raza se ha estinguido y cuyos restos se hallan en nuestras llanuras de la Pampa.

Ese hombre vino sin embargo: vino, como vienen los tiranos, precedido por la anarquia, por la anarquia que no es jamas infecunda, que tiene siempre un heredero forzoso. Ese hombre fué Rosas.

¡Os recordaré sus crímenes, señores? ¡Quién

los ignora en esta tierra? ¿Os pintaré la religion abatida, los templos profanados, los ministros del altar llevando al pecho palabras de muerte, las asambleas mudas ó serviles, su presidente asesinado ahí — en esta misma casa, la prensa encadenada, las damas arrastrando el carro que conducia el retrato de aquel hombre, las propiedades confiscadas, los ciudadanos indefensos arrancados de sus hogares y degollados en los cuarteles y en las plazas, los cohetes que atronaban el aire, y las músicas recorriendo las calles para anunciar á la poblacion aterrada que la sangre argentina corria á torrentes? Y el sereno interrumpiendo el sueño de los habitantes de esta ciudad en las calladas horas de la noche con el grito de *mueran los salvajes unitarios!* — Maldicion á la anarquia, señores, maldicion á la anarquia que engendra tales monstruos!

El nombre de Rosas irá estigmatizado hasta las mas remotas generaciones de este pais; y el sol de Mayo tiene que brillar muchas veces en el cielo de la patria antes que se seque la sangre que aun humea en las ciudades y en los campos.

Para nadie es un problema si fué ó no Rosas un tirano. Las madres y las esposas argentinas que agotaron las lágrimas de sus ojos en los largos días y en las noches mas largas aun de la época del terror, os dirán que el problema está resuelto y el fallo pronunciado. Ellas os dirán que es tarde ya, y que es inútil acusar á un hombre que no puede ser defendido.

Se me contestará tal vez, que pronunciado el fallo por la conciencia pública, es menester aplicar al criminal la pena. La pena! ¡Creeis que, aunque recorrais todos los códigos del mundo, hallareis una

pena proporcionada al crimen de la tiranía? La pena existe, y voy á deciros cual es; pero no está escrita en ningun código.

La pena consiste no en matar á los tiranos, sino en dejarlos con vida. Rosas condenado á sobrevivir á su caida en el seno de la civilizacion europea, ¿hacia dónde dirigirá sus pasos, en qué objeto fijará la vista que no le recuerde sus enormes atentados, su guerra brutal contra la prosperidad y la civilizacion de su pais? Verá en Inglaterra, cuya hospitalidad ha puesto á tan dura prueba, que hasta para las bestias hay garantias en sus leyes que él negaba á sus paisanos; pues no se puede azotar allí impunemente á un animal. En Inglaterra, señores, no hay mas que un esclavo, es Rosas que no puede sacudir el yugo del remordimiento.

Rosas ha desaparecido últimamente de la casa que habitaba en Southampton, y busca en no sé qué orgías inmundas el olvido de sí mismo. Al huir de su casa ha creido huir de su conciencia; su conciencia le sigue, y el remordimiento ha escrito en ella con caracteres indelebles la pena. ¿Sabeis lo que es el remordimiento para los tiranos? Es el grito incesante, la maldicion de la víctima en la conciencia del verdugo. No se mata impunemente, señores, á una madre que lleva en su seno una criatura de Dios. El remordimiento ha gravado en la conciencia de Rosas el retrato de Camila O'gorman. Esa es la pena!

El único asilo donde pudiera hallar la paz para su alma atormentada por los recuerdos es el templo católico, y ahí no la busca. Si ahí la buscara los venerables sacerdotes inmolados á su furor, invocarian en el cielo en su favor la misericordia divi-

na. ¡ Solo Dios puede perdonar á los tiranos!

La sentencia está dada, señores, y la pena aplicada; y no veo que tengamos nada que agregar ni á la sentencia ni al castigo. Ademas, ¿ somos acaso nosotros un tribunal competente? ¿ Es menester que una cámara argentina juzgue y condene á Rosas? Yo no lo creo, pero si vosotros lo creyérais os diría que para eso somos pocos los miembros de esta cámara.

Rosas no fué el tirano de Buenos Aires únicamente, fué el tirano de catorce pueblos argentinos. Yo no veo aquí á los diputados de Tucuman que pudieran contarnos como murió Avellaneda, cuando al sentir cortada lentamente su cabeza por la mano del verdugo que probaba su corage, la levantó con sublime indignacion y exclamó: "Acabe Vd. pues!" — No veo aquí á los diputados de Catamarca, que nos dirian cuánta fué la sangre que enturbió el agua de los ríos que bañan sus hermosos valles. — No veo aquí, Sres., á los diputados de esos bravos correntinos, que después de haber visto talados sus campos é incendiados sus hogares, dejaron rastros de su generosa sangre en todas las provincias de la república; y acompañaron con indomable constancia á su general durante dos años de combates, hasta que vencidos al fin, pero no cansados de pelear por la libertad argentina, regresaron por el Chaco al suelo en que nacieron. La visita fué corta, pues sabéis que volvieron luego con nuevo ardimiento á continuar la lucha.

El testimonio de los representantes de esas provincias y de todas las otras son piezas inseparables del proceso. ¡ Y quisiera el cielo que el odio de la tiranía nos moviera á reunir cuanto antes el congreso argentino que ha de condenarla! Podriamos enton-

ces contemplar sin rubor la memoria de nuestros padres, y confiar en la grandeza del porvenir de nuestros hijos.

Os he dicho que Rosas estaba condenado por la conciencia pública y por su propia conciencia. Lo estará ademas por la de la humanidad, y la sentencia de la humanidad es la historia la que la pronuncia. El dia que ella se escriba, el tirano quedará castigado por la execracion de las edades venideras. Mi memoria es muy escasa, y soy poco instruido en la historia: ignoro si Neron fué condenado por alguna asamblea romana. Lo que yo sé y sabe el mundo, es que Neron fué un abominable bandido; y que los Tácitos reemplazan muy bien á los senados, y vengan victoriamente á la humanidad ultrajada desde que dejan de los tiranos una pintura parecida al original. En vano los falsificadores de la historia procuran dorar la guillotina y disculpar con el sofisma á esos genios perversos nacidos para vejar la dignidad del hombre, la conciencia de la humanidad es invencible y sus fallos inapelables.

El juicio es por lo menos inútil, cuando el acusador es un pueblo y el acusado el bárbaro que lo despojó de sus derechos todos y de todas sus libertades; y agrego que pudiera ser absurdo votar una ley en la que se declara á Rosas tirano y reo de lesa patria. Eso es bien poco, Rosas es reo de lesa América, de lesa humanidad, de lesa civilizacion: ni es posible hallar una fórmula que esté á la altura del anatema de la conciencia pública y de las maldiciones del siglo. ¡Hay quien niegue que Rosas fué un tirano? Pues lo que no se puede negar no se pone á votacion, porque no se puede discutir. Cuando aparecen esos monstruos que horrorizan con sus crímenes al mun-

do, una ley de las Partidas, ley verdaderamente sabia, nos enseña cual sea la única y la mayor pena que pueda fulminarse contra el que se ha puesto fuera de la accion de la justicia. "Las gentes pueden llamarle tirano," dice aquella ley. Dejemos que las gentes llamen á Rosas tirano; el pueblo no ha esperado ni necesita para eso autorizacion del legislador.

Aqui llego á la parte mas delicada de mi discurso, señores. ¿Rosas tenia cómplices? La cuestión es grave, y apesar de su gravedad voy á coloarme en mejor terreno. Las palabras que me habeis escuchado me han sido dictadas por mi odio á la tirania. Abandono con gusto el terreno del odio; el odio fatiga mi alma, y siento ya la necesidad de levantarla á regiones mas puras. Perdonadme, pues, si consulto mi corazon, alumbrado por la luz de mis convicciones religiosas, para examinar esa nueva faz de este debate. Y no creais que el corazon sea juez incompetente en estas arduas materias de la política. El corazon sabe todo cuando sabe amar, y la razon no tiene derechos contra él. No hay problema social por difícil que sea que la virtud no resuelva, ó el patriotismo si quereis, que al fin no es otra cosa que el amor de los hijos todos de la misma patria.

Cuando Rosas fue derribado en Caseros, yo soy de los que han entendido que en el campo de esa victoria cayó un hombre, triunfó un pueblo. Estaba en Paris cuando tuvo lugar ese gran acontecimiento, y al expresar las hondas emociones que él exitó en mi ánimo de proscripto, dije á mis compatriotas: *He odiado mucho á Rosas, de Rosas abajo á ninguno.*

Yo vengo á repetiros hoy las mismas palabras,

señores, y vais á ver que tengo razon. Vosotros sabeis que para ver claro en esta tierra, es menester que ella esté alumbrada por el sol de Mayo. Durante la época de la tirania nadie sabia lo que hacia, no se veia claro, el sol de Mayo estaba eclipsado. La bandera celeste de nuestros padres que hubiera podido recordar á los argentinos las gloriosas tradiciones de la lucha de la independencia y su dignidad de hombres, habia desaparecido. Como los facciosos y los tiranos son de la misma familia, Rosas habia pintado de colorado esa bandera, del mismo color del vestido que todos estaban forzados á llevar, pues el tirano no gustaba de las modas de Paris. En aquella noche de veinte años, señores, un solo hombre era responsable, porque un solo hombre era libre. Y si queréis saber lo que es la libertad ilimitada, que, como todas las teorías exageradas, tiene partidarios en este pais, os diré que la libertad ilimitada es eso: la libertad de un hombre y la esclavitud de un pueblo.

Yo no conozco los cómplices de la tiranía, si algunos hubieron fueron ya castigados. Rosas revestido de facultades extraordinarias era el Estado; él lo podía todo, que él respondía de todo. En el empeño de buscar á esos cómplices para hacer completo el juicio, voy á mostrároslo lo que nos expondríamos. Declarando culpables á los que sirvieron á Rosas con las armas en la mano en las filas de sus tropas, nos expondríamos á llegar á la frontera el dia siguiente de una batalla, y á recibir de la boca del general en jefe de nuestro ejército esta respuesta: "El militar que queréis acusar murió ayer defendiendo el territorio del Estado." Si pretendíamos ser muy lógicos, (es malo á veces ser

muy lógicos en política) cegados por el odio nos expondríamos á encontrar personas que acusar hasta en los bancos de los que dictan la ley ó en los de los magistrados que administran la justicia. Pasemos rápidamente sobre este punto, y reconozcamos que cuando el cielo se nubla y aparece el terror que ofusca la razon y enflaquece la voluntad de los hombres, no son los culpables los que tiemblan sino los que hacen temblar.

x

Ni somos los argentinos los únicos, señores, que hemos inclinado la frente en la hora ingrata del infortunio. Roma, señora del mundo, tembló tambien en la presencia de horribles tiranos. La Francia tuvo miedo á fines del siglo pasado; tembló tanto que quiso hacer temblar á los otros y monopolizó la victoria; y para no temblar dos veces el pueblo soberano ha abdicado no ha mucho su corona. La Francia vió sus templos convertidos en cavernas de prostitucion, la cruz en el lodo y á Marat en el Pantheon. Vió ella tambien robadas sus propiedades, y eproyectados sus ríos por la sangre de nobles víctimas. El rey, la reina, las princesas y los príncipes, los sabios y los poetas fueron decapitados en la guillotina. Por fortuna de la Francia el rey no olvidó hacer su testamento antes de morir. Y séame permitido tributar un homenage de veneracion á la memoria de ese ilustre monarca. Luis XVI puede ser elogiado aun en las repúblicas. El envió las armas y las banderas de la Francia á ayudar á la gran república de la América del Norte en la lucha de su independencia, fué el aliado de Washington; y esos mártires que suben al cielo son vistos y admirados del mundo todo.

Despues de haber recordado cual fué el crimen

que manchó los anales de aquella nación, veamos cual fué la venganza. Cuando en seguida de los desastres del imperio recobró el trono la dinastía derrocada por la revolución, hubo en Francia también gentes exaltadas que creían posible reparar todos los males acarreados por la misma revolución. Esas exageraciones del rencor tenaz e incorregible fueron uno de los obstáculos del nuevo gobierno; y los ministros de Luis XVIII, con el testamento de Luis XVI en la mano, defendieron noblemente en las cámaras á los cómplices de la sangrienta tiranía de Robespierre, protegidos por el perdón de la víctima.

Yo no leo todo en la historia de mi país: siendo frágil mi memoria, como os he dicho, no quiero recargarla con el peso de dolorosos recuerdos; pero hay en esa historia, como en la de todos los pueblos, un capítulo que me complazco en recorrer, es el capítulo de las virtudes argentinas.

Vosotros sabeis que los que tienen sangre española en las venas, tienen también extraordinario vigor en el brazo para defender la independencia de la patria. Ese vigor fué puesto á prueba á principios de este siglo por la Inglaterra, cuyos soldados invasores fueron vencidos en las calles de esta ciudad. Ahí se ven, adornando las bóvedas de nuestros templos, las banderas arrebatabadas entonces al enemigo. La Inglaterra tiene muchas glorias y puede dejar esa sin rubor á los pequeños Estados. Pero lo que merece ser recordado en la magnánima cortesía con que los vencedores trajeron á los enemigos que habían desarmado. Fué tal, que el general británico, que después de haber contado dos mil soldados menos en sus filas, escribia á su gobierno: "Cada casa era una fortaleza, cada ciudadano un soldado, cada soldado

un héroe, — La América del Sur no será inglesa,” — asistió á un banquete en que se brindó por la amistad de los dos países, y hizo presente al jefe vencedor de una rica espada *en testimonio de su gratitud y la de su gobierno.* Así para nuestros padres era poco vencer una vez á los enemigos, obligándolos á la gratitud los vencian dos veces.

El capitulo de las virtudes argentinas es largo, señores, apesar de lo que se dice de nosotros en las grandes naciones europeas, que en mas de una ocasión han perdido, respecto de las pequeñas repúblicas de la América del Sur, el derecho del desprecio. Podria recordaros aquí las bellas palabras y los bellos hechos de D. Florencio Varela y del general Lavalle, de los dos heróicos mártires de la libertad argentina, de los dos gloriosos representantes de nuestra civilizacion durante la lucha contra la tiranía; no ignorais como manejaba el uno la pluma y el otro la espada. Podria citaros las palabras tolerantes y generosas de D. Florencio Varela, que creia podian hallarse *hombres de probidad y de virtud* hasta entre los amigos de Rosas: podria mostraros al general Lavalle resistiendo las ardientes instancias de los que le aconsejaban el uso de las represalias, y recibiendo en sus brazos y sentando en su mesa á los generales vencidos. Y cuando eso pensaban y sentian ellos durante el ardor del combate, si juzgaban innoble y cobarde la venganza en el caballero que lucha, ya podeis imaginaros lo que dirian de los que no apagan el odio ni aun despues que la victoria del derecho ha puesto á todos bajo el amparo de la ley.

Nosotros estamos llamados á poner la mano *en la grande obra de terminar la revolucion, cuya fuerza ha corrompido enormemente la moral, á tran-*

*quilizar los ánimos agitados por las pasadas contiendas, á amansar las pasiones sublevadas á fin de que sirvan bajo el imperio de saludables instituciones.* Esas palabras no son mías, señores, son del patriota argentino cuyos restos van á llegar mañana á nuestras playas para recibir los honores debidos á su memoria.

Para arribar á ese fin practiquemos la política que el grande hombre, al que los norte-americanos llaman *padre*, aconsejaba á sus compatriotas cuando les decia: *La virtud es la mejor y la única verdadera política.* Esas son palabras de oro puro, son palabras cristianas. Los hombres no son iguales si no cuando son hermanos, cuando se aman y se sacrifican los unos por los otros y todos por la patria. No son libres sinó cuando prueban con sus virtudes que capaces de gobernarse á sí mismos, son aptos para tomar parte en el gobierno de su país. Y estad seguros que la virtud es reina que no abdicará nunca ni será destronada en las sociedades democráticas.

¿Cuáles fueron las últimas palabras pronunciadas por los labios de Bolívar, poco antes de descender á la tumba? *Union, union; sinó la anarquía os vá á devorar.* La anarquía nos ha devorado. Yo aborrezco la anarquía, porque abomino á los tiranos que vienen en pos de ella. Porqué no quiero otro Rosas, no quiero nuevos facciosos. Yo quiero la union, porque esta tierra es grande y su porvenir inmenso. Quiero la concordia y la union, porque de ellas se necesita para dar un poderoso impulso á la civilizacion de mi pais, y porque todos los argentinos caben, como se ha dicho del otro lado del río, á la sombra de la bandera nacional. Quiero, por fin, la union y la concordia, señores, porque quiero

condenar á los malos por la gratitud al trabajo forzoso del arrepentimiento, que no es de los mas duros; y los malos arrepentidos son los aliados de los buenos en la obra del progreso y de la regeneracion comun.

Y al hablar de arrepentimiento no se sospeche que intento lastimar el amor propio de nadie. Cuando un pais ha vivido durante medio siglo en el desorden, todos han pecado un poco; podemos confesarlo sin mucha modestia. Sé que es muy dificil liquidar esas cuentas de los cargos mutuos de los partidos, y prefiero quemar el libro que las contiene. Pero por lo menos los que afirmen de su partido que solo es responsable de pecados veniales, conveniran en que les honro y no les ofendo cuando les creo capaces de ser generosos, cuando les pido que olviden, si tienen mas memoria que yo y recuerdan las faltas agenes (son siempre las que los partidos recuerdan mejor) y sino pueden olvidar que perdonen.

Permitidme otro recuerdo historico, será el ultimo. En Setiembre del año de 1821 se supo en esta ciudad que nuestros soldados, hallando bello el camino de la victoria, habian ido muy lejos en busca de enemigos que vencer. Estaban á mil leguas del Rio de la Plata y aun no habian terminado su jornada. El glorioso general San Martin acababa de fundar la independencia del Perú y data sus partes de Lima. Sus tropas, cubiertas con los laureles de Chacabuco y de Maypu, descansan de las fatigas de once años de campañas en la *Ciudad de los Reyes*. El jefe de esta provincia de Buenos-Ayres participa la noticia á los representantes reunidos en la sala de sus sesiones. La noticia era grande; no basta un ministro para comunicarla, se presen-

tan los tres. Rivadavia es uno de ellos. Rivadavia trae en su mano derecha el parte del triunfo de San Martín, y en la otra mano, señores, en la que está del lado del corazón, una ley de olvido. Y no creais que Rivadavia viene á proponer á nuestros padres el olvido de las faltas pequeñas: no, el inventario era difícil, viene á proponerles el olvido de todo, hasta el de los dolorosos sacrificios coronados por el éxito; viene á proponer el olvido *de las ingratitudes, de los errores, de las debilidades que han degradado á los hombres y aflijido á los pueblos.* Y eso nos decia aquel argentino inteligente y honrado antes del diluvio, antes de Rosas. Olvidemos, señores, si queremos honrar dignamente la memoria de los muertos; olvidemos si queremos que este suelo no tiemble y que las cenizas de Rivadavia duerman en paz.

Dejemos descansar á esta sociedad, respetemos su reposo, es el reposo del convaleciente: y puesto que hacemos cuanto de nosotros depende para que venga la civilización europea, puesto que la llamamos con nuestros votos y nuestras leyes, salgamos de la edad media, dejemos que la barbarie se vaya. Cuando son tantos los brazos que llegan á cultivar esta tierra, cuidemos de no armar con las armas del odio á los que pudieran ensangrentarla de nuevo. Pongamos órden en la familia, señores; hay ya muchos huéspedes en la casa, el extranjero nos mira.

Yo deseo que ese proyecto no sea una ley. Votaré contra todas las leyes de carácter político, cuyo espíritu tienda, como el de la presente, á renovar recuerdos y á encender pasiones que en el interés de la tranquilidad pública deben calmarse. Condenar á Rosas es inútil si el odio no pasa de él, puede ser

funesto si va mas lejos. Y si lo que contiene el segundo artículo del mismo proyecto es la confiscacion, eso no merece el honor de ser refutado en un pais constitucional. Hay otros medios legales para evitar que los intereses privados y los del Estado sean sacrificados. Hay quienes sostienen que todo es permitido contra los tiranos. No, señores, á los hombres de principios no es permitido todo contra los tiranos, no es permitido imitarlos.

He querido aprovechar la ocasion de haceros mi profesion de fé politica, de mostráros en esta tribuna mi bandera de ciudadano moderado y conservador. Católico, respeto la dignidad del hombre, amo su libertad, y no quiero verla profanada ni por uno ni por muchos, ni por la tirania ni por la demagogia. Soy republicano en mi pais: la república es la ley indestructible de nuestro pais, debemos acatarla todos. Pero yo no pienso que el órden y la moral estén dé mas en una república; al contrario, cuando el órden y la moral están ausentes ó perseguidos, no queda de la república sinó una palabra, y esa palabra es una mentira.

Antes de terminar debo declarar lealmente, que al hablar de facciones y demagogia, no he aludido á la situacion presente del pais, no he aludido á ningun partido, á ningun circulo, á ningun individuo. Yo no pertenezco hoy á ningun partido, soy un hombre independiente que defiende con honradez sus convicciones. Ni veo cuales sean hoy los partidos entre nosotros, y cuales los nombres civilizados con que los hombres cultos puedan designarlos. He aludido, repito, á la situacion anterior á Rosas; es sabido que las facciones destrozaron á esta república, como á las de toda la América española, y es segu-

ro que las facciones la destrozarán otra vez si no prevalece una política de olvido, de tolerancia y de paz.

Aquí concluyo, señores. He hablado á los sentimientos elevados de vuestra alma de argentinos, y espero no haber predicado esta vez en el desierto.

